



Experto en terapia de pareja

MÓDULO VI. PSICOTERAPIA DE PAREJA



www.isfap.com - info@isfap.com

TEMA XVIII. SÍNTOMA Y GOCE EN LA PAREJA

Presencia y ausencia en el hombre y mujer

El hombre está condenado a desear, a gozar, y a amar; y empujado por la pulsión a buscar en el campo del Otro/otro, lo míticamente perdido.

El significante moviliza y potencia el empuje pulsional articulando distintas modalidades de goce, entendiendo como tal, la satisfacción de la pulsión fijando lo singular de cada uno.

Cada subjetividad goza de una particular manera; en la pareja el anudamiento de las subjetividades precipita la construcción de una producción vincular específica y propia, de tal forma que el vínculo en sí encierra un tope pulsional que pone límite al goce de cada uno.

El Otro – Autre de Lacan – nos remite al orden simbólico. Es el lugar de articulación significante; está más allá, en una relación de “exterioridad” con respecto al sujeto. Es del orden del inconsciente. El otro –autre, minúscula, Lacan – nos remite al semejante, siendo preciso diferenciar un otro real externo del otro como real inasible.

El otro real externo es la construcción imaginaria que cada uno realiza del otro del vínculo de la pareja; esto es, que está inscrito en la red interfantasmática vincular. Por el contrario, lo real del otro es lo inasible, aquello que no puede imaginarse ni simbolizarse, cae en el registro de lo Real. Ambos hacen al estatuto del otro. Se precipita de esta forma, una manera de satisfacción característica de esa pareja.

El partenaire buscado para satisfacer la pulsión, para alcanzar el deseo - para gozar - se convierte en una marca que por un lado limita y, por otro, moviliza. Lo buscado afuera y/o lo impuesto desde afuera, se instala como representación – esto es, de lo intersubjetivo a lo intrasubjetivo y al revés -.

Sabemos de la diferencia entre hombre y mujer; Esta diferencia se va a dejar sentir en sus búsquedas. Así, el hombre pretende alcanzar en la mujer aquel objeto enigmático – como si corriese detrás del correcaminos, esto es, nunca lo alcanzará, creará que está a punto, que lo agarrará en la próxima esquina, y en cambio el correcaminos, la mujer, se mostrará esquiva – y que por tanto habrá de satisfacer su pulsión. En cambio, la mujer buscará un lugar en el hombre en el cual ubicarse para que desde ahí se instituya un significante que pueda representarla.



Más allá de que los recorridos en cada sexo sea distinto, se articula un pacto de goce entre ambos; pacto entendido como negociación, de carácter inconsciente con la particularidad de dejar afuera las diferencias, facilitando

el circuito pulsional y el goce como su satisfacción.

J.A. Miller lo anota con estos conceptos: “la relación de la pareja supone que el Otro, se torna un síntoma del parlêtre, esto es, se torna un modo de goce”; se interroga acerca de cómo cada uno se sirve del otro para tal fin. La pulsión es autoerótica, el otro está irremediablemente incluido en calidad de objeto de satisfacción y es llevado al campo del sujeto por el trayecto pulsional. Será en este trayecto donde la pulsión encontrará los semblantes necesarios que provee la cultura para su autoerotismo. De ello se sigue que autoerotismo y aloerotismo son una pareja indisoluble.

La inscripción significativa es el motor de la pulsión; hace existir al Otro, al tiempo que viene de él, mediada por otro: nudo de lo vincular. El goce, satisfacción de la pulsión, forma parte de ese real inasible fundante del vínculo. Todo sujeto en su singularidad difiere de su partenaire. Recordemos a Freud que en su artículo “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica”, apunta a las improntas de la castración en ambos sexos, con los efectos pertinentes en la estructuración de la psique.

La mujer opera a manera de fetiche para el varón. En presencia de la mujer, el hombre se juega su nominación como sujeto hombre sexuado; en cambio, la mujer apela a la presencia del hombre, para que le evoque la ausencia a través de la palabra, expresión de su castración; a su vez, el hombre, intenta renegar por medio de la presencia femenina. La mujer, por desencuentro estructural, provocará de forma inevitable efectos de castración al pedirle amor, aquello que no se tiene, la falta, y por ende será la expresión del marco donde la mujer despliega su goce. Presencia y ausencia son dos condiciones del vínculo. Ambas hacen a su configuración y tanto una como otra van juntas en su constitución.

Winnicott configura acerca del objeto transicional y del objeto fetiche. La presencia del objeto transicional evoca la ausencia que equivale a la palabra masculina que la mujer desea – ya sabemos que toda presencia remite a una ausencia, y al revés -. La mujer espera aquel lugar que le proporcionará la ya citada representación.

El objeto fetiche hace referencia a la presencia de la mujer; ésta, para el hombre, se ubica al servicio de tramitar su castración. El hombre goza bajo la idea fantasmática de que la mujer encarna el objeto de su satisfacción pulsional. Desde esta lógica, el objeto formará parte de su ilusoria completud. La cultura por su lado juega su partida haciendo girar al hombre en torno al tener – el falo - y a la mujer en torno al ser – el falo -.

El hombre goza por presencia y deseando; la mujer por presencia que evoca ausencia a través del amor, ya que al ser amada anula momentáneamente la castración. Para C. Soler “el amor al que –la mujer– apela como complemento de la castración para asentar allí su ser define el campo de su sujeción al otro”.

Cultura. Pactos y significación

La pareja se articula en la cultura, se organiza en el orden simbólico, por cuanto hay un vínculo de alianza que es legitimado por un contrato, civil, jurídico o por el medio social, sostenido por normas, usos y costumbres que legalizan la unión y la inscriben en una estructura que la abarca y la comprende.

Esta inserción se articula con una construcción imaginaria que desde los apuntes de Puget y Berenstein, de “el enamoramiento al reproche” libra las batallas de la completud fallida. En este desenlace lo habitual es imputarle al otro, la causa de tanto infortunio, cuando la cosa a investigar será preciso buscarla tras los espejismos del amor. Los pactos y acuerdos, los lazos en que se sostiene la unión, son la evidencia de la imaginaria red, articulada a eslabones del mundo simbólico.

Ambos miembros de la pareja generan de común acuerdo una significación en principio compartida, de lo que habrán de brindarse, del amor que pondrán en juego, del futuro a alcanzar. Claro está, La diferencia se precipita bajo el signo de la presencia, dejando al descubierto el malentendido básico, condición de su estructura: subyace a la constitución del vínculo un real inasible, incapturable, y como efecto un ideal inalcanzable; una ignorancia ignorada porque inconscientemente no hay saber sobre el otro sexo. En los pactos hay creencias, sostenidas por esta ignorancia, más allá de los puntos de verdad que puedan contener.

Este despliegue realizado quiere apuntar al desencuentro estructural entre el hombre y la mujer. Este desencuentro emerge como una fatalidad. En cambio, si pensamos en la

contingencia que bordea nuevas posibilidades, la fatalidad se desvanece pudiendo ser la pareja la que favorece a cada una de las singularidades en juego, acercarse lo más posible a la verdad por el camino de imaginarizar y simbolizar la imposibilidad para que pueda ser soportada.

Síntoma y signo

Es el psicoanálisis quién introduce un cambio en el estatuto del síntoma respecto de la significación y que la Psiquiatría oficial le otorgaba entonces.

En la medicina tradicional era señal de enfermedad. Freud busca el sentido del síntoma en el inconsciente, articulado como realización sustitutiva. Es homologado a la sexualidad del neurótico, y precisa desciframiento porque se dirige al Otro. Freud apunta a que es una solución de compromiso. En “Más allá del Principio del Placer” Freud apunta sobre los obstáculos en la cura; plantea que “el instinto reprimido no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción.” “Todas las formaciones sustitutivas son insuficientes para hacer cesar su permanente tensión...”

A partir de este texto, será que Lacan logre articular el goce no inhibible. Este goce sería equiparable a la energía no ligada de Freud. Para ambos autores, en el síntoma se goza, lo que emerge como un potente obstáculo para la cura. Freud señala el factor cuantitativo de la pulsión, de la roca viva de la castración, y Lacan presentará que no hay relación sexual, que hará que el sujeto se enfrente con la castración del Otro.

El síntoma toca el punto de verdad, de real y de singular de cada uno apartándolo del camino general de todos. Para cada sujeto las prescripciones recibidas, los universales de su época, no todos pueden ser realizados, por tanto, la proscrición aparece en el síntoma que hace que “cada uno no logre hacer absolutamente lo que le está prescrito por el discurso de su tiempo...” – Soler dixit -. El síntoma es un signo -significante y goce -

en el que se articula una particular manera de gozar, auxiliada por la cultura que provee de una envoltura formal y simbólica.

Kruger apunta:

“Es preciso señalar pues la disyunción freudiana entre el inconsciente y la pulsión; entre el descubrimiento de sentido que deshace al síntoma y la permanencia de goce que lo mantiene...”.

Esto nos indica que existe en él un punto irreductible por vía de la palabra que explica y da cuenta de la intensidad pulsional. Esta cuestión nos permite interrogarnos acerca de si podemos establecer una equivalencia, una cierta homologación entre la pareja y el síntoma.



La pareja, en su lado simbólico, equivale a la función del síntoma con un envoltorio formal que la inserta en el orden social y cultural, de cuyo seno toma los semblantes, y donde la palabra oral y escrita, la sustenta. Es preciso indicar que hay algo irreductible por esta vía, que

es el pacto de goce existente que da cuenta del real bordeado a repetición, con la particularidad de que nunca es apresado. Por ello, Lacan apunta, - Seminario Aún - que el síntoma sustituye la relación sexual del mismo modo que el signo. Esta es la expresión que manifiesta: *significante + goce*, revelando así la estructura misma del síntoma en su doble faz: una envoltura formal y su núcleo de goce.

Este núcleo es lo que subyace y sostiene desde las raíces el vínculo de una pareja. Podemos seguir planteando e interrogarnos cuando pensamos que el núcleo de goce del síntoma, en la pareja, es autista, que se basta a sí mismo, que el otro no entra en consideración en vista de que la pulsión- que apunta a ese goce - es autoerótica. Siendo así, qué hacemos, pues con la demanda de amor a ese otro, sabiendo que todo amor es de carácter narcisista, o cómo hacemos lazo en el campo del otro sabiendo que lo míticamente perdido se busca justamente en ese campo.

Desde lo simbólico e imaginario se accede al partenaire por el amor y el deseo que velan lo real de la pulsión y del goce; el otro, a nivel del autoerotismo, sólo interesa en tanto objeto de satisfacción. El lazo se establece porque la pulsión, en su condición de parcialidad, se vale del amor como vehículo posible ya que éste, narcisísticamente es capaz de una relación totalizadora.

Estas consideraciones tienen efecto en el campo clínico; en la dirección de la cura, las transformaciones del modo de gozar de la pareja-síntoma, deberán llevarnos al “saber hacer con”. Pensamos el ideal inalcanzable anudado a los universales culturales como las bambalinas que convendrá atravesarlas, rescatando en ese trayecto el rasgo propio de la pareja en cuestión, es decir, su propia forma de gozar. El ideal inalcanzable deberá ceder paso a ese real inasible para asimilar el punto de verdad que lo determina como imposible. El síntoma es a lo que se apela para suplir el no tener una fórmula que defina a los seres sexuados. Orientará sobre qué hacer con el otro sexo y cómo situarse ante ese real inasible al que entendemos como la lucha entre lo que tiene denegada su inscripción y su insistencia en el intento por encontrarla.

Bibliografía

- Aulagnier, P. Condenado a Investir. Rev. de Psicoanálisis, Tomo XLI 1984
- Bassols, M. Un síntoma sin Otro. En El síntoma Charlatán. Paidós, Bs As 1988.
- Freud, S. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. Obras Completas. Biblioteca Nueva, Madrid 1972.
- Freud, S. Mas allá del principio del placer. O.C. Biblioteca Nueva, Madrid 1972.
- Kruger, F. El síntoma como goce. En El síntoma charlatán. Textos reunidos por la Paidós, 1998.
- Lacan, J. Seminario 20, Aún. Paidós, Bcn 1985.
- Lemoine, E. y Luccioni. La partición de las mujeres. Amorrortu 1998.
- Miller, J. A. De mujeres y semblantes. Cuadernos del Pasador. Lógicas de la vida amorosa. Ed. Manantial.
- Miller, J. A. El hueso de un análisis. Ed. Tres Haches, Bs Aires 1998.
- Puget, J. y Berenstein, I. Algunas consideraciones sobre psicoterapia de pareja: del enamoramiento al reproche. Rev. AAPPG.
- Puget, J. y Berenstein, I. Psicoanálisis de la pareja matrimonial. Paidós, Bs As 1992.
- Rojas, M. C. Psicoanálisis de los vínculos. Condenados al vínculo. Rev. AAPPG, 1991.
- Soler, C. ¿Existe el narcisismo femenino? Posición masoquista-Posición femenina. Artículo presentado en las Jornadas de EEP. Málaga 1993.
- Soler, C. El síntoma en la civilización. En Diversidad del síntoma. Colección Orientación Lacaniana. Bs As 1996.

Winnicott, D. W. Objetos y fenómenos transicionales. Estudio de la primera posesión “No Yo”, en Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. Ed Laia, 1956.

Cuestiones

1. Realiza una reflexión sobre este tema.